





Atreverse a soñar

Javier Herrero

ojo de agua - ambiente educativo

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

ojodeagua@telefonica.net

Atreverse a soñar

Javier Herrero

Quizá la chispa de la vida consista en hacer aquello que a uno le nace, aquello que le surge de dentro, que le llena, que le satisface, aquello con lo que sueña.

Hacer realidad los propios sueños es crear tu propia vida, A veces tengo la sensación de que al proporcionar un ambiente en el que nuestras hijas y nuestros hijos puedan probar a descubrir y desarrollar sus intereses es una invitación a que puedan atreverse a soñar su propia vida, a crearla desde sí mismo, siendo sí mismos. No me cabe la menor duda de que poder realizar tus propios sueños es una experiencia vital gozosa. En el fondo de mí mismo siento que ése es uno de los motivos fundamentales por los que a la inmensa mayoría de los niños y jóvenes les agrada tanto nuestro ambiente que, incluso cuando están enfermos, son capaces de superar las objeciones maternas o paternas y no perderse otro día de jugosa, gozosa vida.

Con frecuencia, nuestros sueños reflejan nuestros deseos más profundos y los valores más arraigados en nuestros corazones. En todo ello, el entorno afectivo más cercano, la familia, es pieza clave. No puede haber desarrollo armónico sin seguridad emocional, afectiva, sin la seguridad básica del amor de los padres (y amor aquí quiere decir muchas cosas, atención auténtica, presencia física y mental, atención completa o, también, confianza, o la seguridad de que podrán encontrar su propio camino, que sus decisiones, por arduas que éstas sean, les proporcionarán sabiduría; amor en este contexto también significa cercanía, disponibilidad para cuando nos necesitan y, al mismo tiempo, el respeto de dejarles el espacio para que tomen sus propias decisiones, sin permitirnos que nuestras angustias, nuestros miedos, nuestros temores les invadan el terreno y sus decisiones se conviertan no tanto en sus propias decisiones como en decisiones para satisfacer lo que papá o mamá esperan de mí).

Prestarnos atención a nosotros mismos para descubrir como desarrollamos el amor hacia nuestros hijos, aunque no sólo hacia ellos, es –desde mi punto de vista- una parte muy importante de nuestro proceso personal como progenitores. Nuestra experiencia ya nos dice que, en la medida en que las madres y los padres comenzamos ese camino personal de autoexploración y autoconocimiento a través de los senderos que nos abren las relaciones con nuestros hijos, en la medida en que nos iniciamos en ese camino, en esa misma medida florecen, maduran -conscientes- nuestros hijos. En la medida en que eludimos nuestro desafío personal y eludimos el proceso al que nos lleva, en esa misma medida se desequilibra el desarrollo de nuestros hijos. Aquí no basta con saberse la teoría, es necesario encarnarla en nuestras palabras, en nuestros actos, en nuestros gestos, en nuestra conciencia. Todo ello venía a cuento de que no es posible el desarrollo sin la seguridad del amor incondicional de los padres.

Hacer realidad los propios sueños tiene que ver con escuchar a tu propio corazón, a lo más íntimo de ti mismo. Y con frecuencia nuestros deseos más auténticos conllevan arduos desafíos, difíciles decisiones, superar graves crisis, sumirse en la desesperación, aprender a perseverar, buscar nuevas soluciones (“soy como el río, cuando encuentro a la roca, la rodeo”), quizá confrontarse con el abismo.... Cuando hablo de materializar tus propios sueños no estoy hablando de imaginarlos, ni de explicarlos, ni de escribirlos; estoy hablando de materializarlos, de hacerlos realidad, de conjugar la materia de que están hechos los sueños (el corazón) con la materia con que están hecha la realidad (la razón). El hecho de que al intentar forjar nuestros sueños, hayamos de pasar por penalidades, crisis y dificultades, se compensa –sobremanera, a juzgar por mi propia experiencia- por la satisfacción, por el gozo íntimo, auténtico y verdadero de vivir un vida coherencia en el sentir, en el pensar y en el hacer.

Últimamente, no oigo más que hablar de que la educación ha de desarrollar –entre otras virtudes- la capacidad para resistir los embates de la vida y continuar adelante, lo que en una versión clásica de las virtudes podríamos llamar perseverancia, constancia, tenacidad, flexibilidad, y que ahora, en una versión anglófona y moderna, llaman “resiliencia” (pésima y apresurada traducción del vocablo inglés “resilience”). En definitiva, no se quiere decir cosa distinta que disponer de la capacidad para encajar dificultades y sobreponerse a ellas. Pues bien, tengo para mí, que quienes logran desarrollar más profundamente esa coherencia intrínseca entre el sentir, el hacer y el pensar disponen de un caudal proporcional de adaptación a las circunstancias cambiantes del entorno que les toque vivir y que en ningún caso ahora, nosotros, podemos predecir.

A veces, quizá, podemos pensar que para que nuestros hijos logren cierto grado de felicidad, hemos de concederles todos sus deseos; en muchos casos, puede ser para equilibrar ciertos sentimientos de culpa; en otros, para conquistar su voluntad a través de llenarlos de objetos y experiencias de consumo (objetos y experiencias de consumo que nunca logran satisfacer plenamente, pues una vez alcanzadas pierden todo su valor pues no son sino sustitutos de las verdaderas necesidades afectivas de las personas cuya ausencia no sólo no logran compensar -sino que impulsan- un bucle que se autoalimenta al requerir de nuevos objetos y experiencias de consumo que tras ser nuevamente alcanzadas pueden aparentar -pero no aplacar- la insatisfacción emocional básica. En este sentido, convendría diferenciar entre deseos y necesidades. Como padres, es nuestra obligación satisfacer las necesidades de nuestros hijos, sin que ello quiera decir que tenemos que concederles todos sus deseos. La satisfacción de las necesidades básicas de nuestros hijos, tales como alimento, cobijo, vestimenta adecuada, seguridad física y emocional, la satisfacción de estas necesidades básicas están intrínsecamente relacionadas con el desarrollo de sentimientos de felicidad. La satisfacción de los deseos, en escasa medida contribuyen al desarrollo de este tipo de sentimientos. Ello tampoco quiere decir que debemos negarnos a satisfacer todas las demandas que no se correspondan con necesidades básicas

de supervivencia; sólo se trata de apuntar que comprando sus voluntades no vamos a lograr una relaciones familiares más profundas y humanas, que decir “no” también tiene valor, que decir “no” o “no te compro”, no es sinónimo de decir “no te quiero”, aunque no resulte fácil decir “no” a las demandas de nuestros hijos y ver cómo algunos que ya han aprendido a sustituir sus carencias afectivas con golosinas o cachivaches de consumo puro y duro, sufren al sentir que oír “no” les conecta el malestar vinculado a sus vivencias emocionales. No obstante, y sin que sea paradójico, entiendo que esta actitud de aprender a decir “no” no es incompatible con ser generosos con nuestros hijos y no caer en una rampante tacañería. Definir criterios coherentes con nuestro sentir y compartirlos con nuestros más allegados, nos ayudará también a crecer y madurar en el proceso de desarrollar relaciones de amor con respeto con nuestros hijos.

En otros casos, quizá, lo que puede pesar sobre nuestros hijos son nuestras propias expectativas. Para los niños, lo más importante es lograr el amor de sus padres. Ésa es la prioridad número uno durante su infancia. Nada hay tan importante para ellos. En la medida que nuestros hijos perciben nuestras expectativas –muchas veces explícitas y conscientes, otras muchas ocultas, inconscientes-, asocian nuestros deseos con la consecución de amor. De ahí lo importante –desde la perspectiva que estamos desarrollando- de no colocar expectativas sobre su desarrollo, pues en caso contrario, su desarrollo deja de ser suyo propio, auténtico para transformarse en un desarrollo condicionado por la necesidad de consecución de amor. Dicho de otro modo, nuestro amor ha de ser incondicional, independientemente de las decisiones vitales que adopte nuestro hijos, sólo así, desde la aceptación total de otro tal y como es posible un desarrollo pleno de esa coherencia interna que antes mencionaba. ¡Cuántas veces no vemos a niños que están fuera de sí, en el sentido de que no están consigo mismos, sino que están con tanta frecuencia pendientes de lo que otros hacen o, por el contrario, siempre pendientes de mostrar a otros lo que ellos hacen y, en consecuencia, no desarrollándose por y para sí mismos, sino ya sometidos al condicionamiento de la aprobación exterior! ¡Cuántas veces sentimos que niños solicitan actividades que no responden verdaderamente a sus intereses, sino que ya han aprendido los mecanismos por los que calmar la angustia y el temor de sus familiares llenando su tiempo de actividades “provechosas” que les provocan un aburrimiento proporcional al tamaño de sus bostezos, clarísimo indicador de una clarísima ausencia de interés propio!

Volviendo al tema que nos ocupa (que es el atreverse a soñar, aunque no a dormir), quizá sería conveniente recordar que el corazón es nuestro primer cerebro, pues aquel aparece antes en el desarrollo embriológico. Desde esta perspectiva nuestra invitación de crear un ambiente en los que niños y jóvenes se atrevan a soñar y desarrollar sus propios sueños, se atrevan a crear sus propias vidas, a vivirlas con intensidad y pasión; ésta es una invitación a vivir más plenamente, más cerca de la felicidad (si bien la felicidad nunca podrá llegar a ser plena en la medida que los otros no tengan opciones de alcanzarla).



Todo esto lo sé por experiencia, pues mi propio sueño, un sueño compartido muy íntimamente con las personas más cercanas a mí y muchas otras en nuestro entorno más cercano y no tanto, continúa poco a poco materializándose, hoy un poco más cerca que ayer de ser una realidad más tangible si cabe. Un sueño, que dura ya muchos años, que nos está conduciendo por un sendero de sabiduría y humildad, mostrándonos nuestra limitaciones y descubriéndonos nuestro potencial creador. Un sueño que, a veces, se convertía en pesadilla, pero que gracias a la autenticidad del mismo y su coherencia con nuestras vidas nos está permitiendo salvar obstáculos que, ingenuamente, creíamos insalvables. En todo ello, la vida nos está poniendo al alcance de la mano muchos regalos, muchas personas, muchos corazones que nos han y nos están ofreciendo su amor y su apoyo. Porque somos conscientes de sin ellos, sin vosotros, sin vosotras, este sueño que estamos viviendo no sería posible, queremos daros las gracias con la razón más antigua que es la razón de amor. Gracias por vuestra confianza. Gracias por vuestro apoyo. Gracias por vuestro amor. Gracias por atreveros también a soñar.

Autodidacta, número 18, verano 2006